



ESTUDIOS SOCIALES  
CONTEMPORÁNEOS

ISSN 1850-6747

Enviado: 01/03/2014  
Aceptado: 30/11/2014

# Trabajadores en las calles. Un análisis de las movilizaciones obreras en Buenos Aires, 1888-1896



**Dr. Lucas Poy**

*CONICET. Instituto de Investigaciones Gino Germani,  
Universidad de Buenos Aires.*

*Argentina.*

*lucaspoy@gmail.com*

Workers in the streets. An assessment of labor mobilizations  
in Buenos Aires, 1888-1896

Poy, L. (2014). Trabajadores en las calles. Un análisis de las movilizaciones obreras en Buenos Aires, 1888-1896. *Revista Estudios Sociales Contemporáneos* (11), 112-123.



### Resumen

En la última década del siglo XIX se produjo un destacado salto en la agitación obrera en la ciudad de Buenos Aires. Si bien el eje de la actividad de las sociedades y comisiones obreras fue la agitación huelguística, a lo largo de todos estos años los trabajadores porteños también llevaron adelante otro tipo de acciones, entre las cuales se destacan una serie de importantes movilizaciones callejeras. En muchos casos eran manifestaciones convocadas por gremios que se encontraban en conflicto y pretendían con una movilización callejera difundir sus reivindicaciones y reforzar su capacidad de presión frente a los empresarios. En otros casos se trataba de manifestaciones convocadas para celebrar el aniversario de una sociedad de resistencia o algún otro evento importante para la vida de los gremios obreros. En este artículo desarrollamos un análisis específico sobre las características, asistencia, recorridos, dinámica y discursos de estas movilizaciones obreras, así como de la respuesta que recibieron por parte de las autoridades y la policía, que estuvieron lejos de tener una actitud condescendiente para con los trabajadores movilizados.

### Palabras clave

Movilizaciones, clase obrera, sociedades de resistencia, ciudad de Buenos Aires.

### Abstract

In the last decade of the 19th century, a strong wave of labor unrest hit Buenos Aires. Even though the main activities of labor unions were those related with organizing strikes, during these years "porteño" workers also organized other activities, among them many important mobilizations and rallies over the streets of the city. Some of these were called by striking unions, that wanted to promote their claims through street rallies. In other cases, workers' mobilizations were called to celebrate union's anniversaries or other important events in the social life of labor organizations. This paper assesses the main features of this kind of mobilizations, their attendance, geographical delimitation and political characteristics, and also the answer they received from the government and the police—which was certainly not a condescending one.

### Keywords

Mobilizations, working class, labor unions, city of Buenos Aires.

### Introducción

En la última década del siglo XIX se produjo un destacado salto en la agitación obrera en la ciudad de Buenos Aires, que colocó a la clase trabajadora como un actor protagónico y transformó definitivamente a la llamada "cuestión social" —que ya era decididamente una "cuestión obrera"— en una inquietud de primer orden para las clases propietarias.<sup>1</sup> Se trató de una década inaugurada por una grave crisis económica y que estuvo caracterizada, por otra parte, por una profunda inestabilidad política: el desarrollo de la organización y agitación obrera, en efecto, se desarrolló en el marco de un escenario político fragmentado y bajo la presión de una creciente penuria económica que solo alcanzó un principio de recuperación hacia 1894-1895. El desarrollo de la agitación obrera presenta una serie de etapas que pueden ser periodizadas: luego de un importante ciclo huelguístico en 1888 y 1889, que alcanzó a decenas de gremios de la ciudad y dio lugar a la consolidación de numerosas sociedades de resistencia, el impacto de la crisis abrió un período de retracción de la conflictividad en los años 1891 a 1893, durante los cuales, de todas formas, la actividad obrera siguió desarrollándose. Con el reanimamiento de la actividad económica, hacia mediados de la década, se inició un nuevo ciclo de agitación, más importante que el anterior, que se abrió con una gran huelga de oficios vinculados a la construcción en 1894 y concluyó con la llamada "huelga grande" del invierno y la primavera de 1896.<sup>2</sup>

Si bien el eje de la actividad de las sociedades y comisiones obreras fue la agitación huelguística, a lo largo de todos estos años los trabajadores porteños también llevaron adelante otro tipo de acciones, entre las cuales se destacan una serie de importantes movilizaciones callejeras. Si por lo general la historiografía ha prestado atención al conocido *meeting* realizado en el Prado Español el 1º de Mayo de 1890, existen otras movilizaciones y actividades callejeras que contaron con una importante participación obrera y han sido escasamente estudiadas. En ocasiones eran manifestaciones convocadas por gremios que se encontraban en conflicto y pretendían con una movilización callejera difundir sus reivindicaciones y reforzar su capacidad de presión frente a los empresarios. En otros casos se trataba de manifestaciones que fueron convocadas para impulsar o rechazar disposiciones gubernamentales en torno a cuestiones vinculadas a la jornada de ocho horas. Unas y otras representaban, en cualquier caso, una ocasión en la cual los trabajadores hacían sentir su presencia en las calles de una ciudad que aún miraba con sorpresa su aparición en manifestaciones que difícilmente podían traducirse en la clave de las tradicionales convocatorias de la "política criolla".

El examen de manifestaciones, actos y movilizaciones callejeras ha sido en general un objeto de interés en la historiografía (ver, entre otros, Tartakowsky 1997, 2010; Callahan, 2010) y también conoció un desarrollo en nuestro país, fundamentalmente a partir de la década de 1980. Un hito destacado, para quienes nos

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte de nuestra investigación doctoral, financiada por dos becas de posgrado del CONICET y defendida en la Universidad de Buenos Aires en diciembre de 2013. Una versión previa fue presentada en las IV Jornadas Nacionales de Historia Social, realizadas en mayo de 2013 de La Falda. Agradezco a Silvana Palermo y a Mirta Lobato los comentarios recibidos en esa oportunidad, así como los señalamientos y aportes de los evaluadores anónimos de la revista Estudios Sociales Contemporáneos. Los errores que puedan subsistir son de nuestra exclusiva responsabilidad.

<sup>2</sup> Para un análisis de conjunto de la conflictividad obrera en este período temprano ver, entre otros, Munck (1987), Korzeniewicz (1989), Andreassi Cieri (1997), Suriano (2003), González Leandro, Suriano y González Bernaldo (2010) y Poy (2014). Sobre los primeros pasos del asociacionismo sindical y obrero en el país ver, entre otros, Marotta (1960), Falcón (1984), Adelman (1992), Sabato y Romero (1992).



interesamos por un análisis de las actividades de ese tipo realizadas por los propios trabajadores, fue la publicación en 2011 de un trabajo colectivo en el cual diversos autores abordaron esta problemática desde diferentes ángulos (Lobato, comp., 2011). Retomando las inquietudes reflejadas en ese volumen, dedicado a examinar “manifestaciones, fiestas y rituales” en el siglo XX, el objetivo de este artículo es contribuir a enriquecer el conocimiento sobre el período inmediatamente anterior —los últimos años del siglo XIX—, durante el cual comenzaron a desarrollarse las primeras movilizaciones y actos callejeros definitivamente obreros en la ciudad. Nuestra hipótesis es que este tipo de movilizaciones callejeras contribuyó a reforzar la identidad de clase en este período temprano, poniendo en movimiento en forma crecientemente unificada a diversos colectivos de trabajadores en pos de demandas sindicales y políticas. Sostenemos que con estas ocupaciones del espacio público, los trabajadores no solo se presentaban como tales ante los ojos de una “opinión pública” que los recibía a menudo con sorpresa y preocupación sino también reforzaban y consolidaban los vínculos que los unían entre sí como integrantes de un mismo movimiento social con objetivos comunes.

#### El desarrollo de las sociedades de resistencia en Buenos Aires a fines del siglo XIX

El avance en la consolidación de las sociedades gremiales que tuvo lugar en los últimos años del siglo XIX fue advertido en los trabajos clásicos de los “historiadores militantes”: Jacinto Oddone, por ejemplo, ubicó un primer punto de quiebre en 1887, momento en el cual, desde su perspectiva, podía advertirse el inicio del “movimiento permanente de resistencia de la clase obrera contra la clase patronal (...), intensificándose año a año y abarcando cada vez mayor número de obreros y de gremios” (1949: 71). Sebastián Marotta, por su parte, advertía que en los primeros cinco años de la década de 1890 los trabajadores locales formaron “aproximadamente medio centenar de asociaciones”, y que a las existentes antes de 1890 se les habían sumado “con resultados varios, las de casi todos los oficios” (1960: 110). Incluso algunas décadas antes un contemporáneo como Eduardo Gilimón caracterizaba del mismo modo el importante desarrollo de sociedades gremiales durante este período. En su libro *Hechos y comentarios*, publicado a comienzos de la década de 1910, Gilimón recordaba que “la primera sociedad de resistencia fundada algunos años antes mediante el concurso del revolucionario Malatesta, se vio pronto acompañada en su tarea asociacionista por incalculable número de pequeños núcleos de obreros que echaban las bases de sus respectivas sociedades de oficio” (1971: 28).

En efecto, si hacia 1887 prácticamente no existían, fuera de algunas excepciones puntuales, sociedades obreras que nuclearan a los trabajadores de los distintos gremios de la ciudad con el objetivo de defender los intereses del oficio y organizar la resistencia contra los avances patronales, a mediados de la década de 1890 cualquier repaso por las páginas de los periódicos

obreros o las columnas con información gremial de los diarios comerciales ponía de manifiesto una intensa vida asociativa con decenas de asociaciones gremiales que funcionaban con un carácter permanente y nucleaban a miles de trabajadores.

Tal como el propio nombre de “sociedad de resistencia” lo indica, este proceso no puede analizarse si no es en relación con la dinámica de la lucha de clases que atravesó el período. En efecto, un patrón que se repetía en diferentes gremios y oficios es que las primeras “comisiones” y sociedades más o menos estables aparecieron en las coyunturas de huelga, preparando y convocando a los trabajadores del gremio a organizarse para llevar adelante un determinado reclamo. En no pocas ocasiones, estas comisiones desaparecían luego del conflicto, pero en otros casos se convirtieron en el embrión a partir del cual se desarrolló luego una asociación gremial más estable. Una mirada de conjunto permite advertir que para mediados de la década de 1890 la actividad de las sociedades de resistencia había contribuido a procesar una creciente delimitación clasista en las filas del mundo del trabajo, por oposición tanto a los pequeños patrones como a las sociedades de socorros mutuos y de base étnica.

Por lo general, el proceso de consolidación de las sociedades de resistencia en los últimos años del siglo XIX siguió un patrón característico: la “comisión” que había llevado adelante las primeras tareas preparatorias convocaba a una serie de asambleas en las cuales se establecía más formalmente un conjunto de normas de funcionamiento de la sociedad. El primer paso era la elección de una comisión directiva, que en general revalidaba el mandato de los miembros de la comisión original. Las comisiones directivas solían tener alrededor de una decena de miembros, contando con un presidente, un vice, un secretario, un tesorero y una determinada cantidad de vocales: solían ser refrendadas anualmente o a veces incluso con mayor frecuencia. Por lo general también se avanzaba relativamente pronto en la sanción de un estatuto, que establecía los fines y objetivos de la sociedad y sus mecanismos de funcionamiento.

Algunas sociedades tenían rasgos más corporativos vinculados a la defensa de un determinado oficio con cierta calificación. La mayor parte de las sociedades que surgieron en estos años, de todas formas, dejaban sentado en sus mismos estatutos que buscaban nuclear a todos los trabajadores de un determinado oficio, más allá de su calificación, y que surgían como asociaciones “de resistencia”, es decir orientadas abiertamente a defender los derechos de sus miembros a través de un enfrentamiento con los empresarios. La sociedad de marmoleros y picapedreros, por ejemplo, establecía que “todo obrero que trabaje cualquier tipo de piedra o mármol, y cualquier grado de capacidad lleve en el oficio, tiene el sagrado deber de entrar en nuestra sociedad”. El artículo 4 del estatuto de la sociedad de sastres, por su parte, señalaba que “esta sociedad se declara exclusivamente de resistencia a la explotación capitalista y solo se compondrá de oficiales sastres quedando esentes (sic) de formar parte de ella los dueños de sastrería, los cortadores y los capataces”.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> La Unión Gremial, núm. 9, 1 de enero de 1895.



Las asambleas ordinarias —cuyo objetivo solía ser elegir a la comisión directiva, aprobar balances, etc.— y las extraordinarias —convocadas sobre todo en el marco de conflictos huelguísticos— constituían el momento en el cual una gran parte de los trabajadores asociados participaba en la vida del gremio y se reforzaba la acción conjunta tanto como los debates y eventuales diferencias políticas. Si bien las sociedades más débiles podían quedar virtualmente disueltas luego de un conflicto que culminaba en una derrota, y tal vez durante meses o incluso años no se realizaban más asambleas ni reuniones, con el correr de la década de 1890 la actividad de las sociedades pasó a ser más estable, y muchas de ellas lograron mantener una vitalidad en forma permanente, que se expresaba por ejemplo en el hecho de que contaban con locales propios. En cualquier caso, para el análisis de todas ellas resulta indispensable tener en cuenta que su dinámica era fuertemente cíclica, en tanto su actividad se reforzaba en los momentos de conflicto y era más débil en los períodos de reflujos.

Además del activo papel que jugaban en las huelgas y conflictos gremiales, las sociedades de resistencia desarrollaron una intensa actividad en otros aspectos de la vida social del gremio y del movimiento obrero local durante todos estos años. Los locales de algunas de las principales sociedades (como la de panaderos o la de albañiles) eran un punto de referencia para todo el movimiento obrero de la ciudad, donde se llevaban adelante numerosas reuniones de trabajadores en conflicto de diferentes oficios. Además de las reuniones de comisión directiva y las asambleas ordinarias, la vida cotidiana de los locales sociales incluía reuniones y actos convocados con el objetivo de celebrar los aniversarios de la fundación u otros avances realizados por el gremio, el préstamo del local social a otras sociedades obreras, la organización de eventos sociales, etc.

En ocasiones, de todas formas, las actividades de las sociedades gremiales se desarrollaban más allá de las puertas de los locales y se extendían a calles y plazas de la ciudad de Buenos Aires. En efecto, tal como señalaron Mirta Lobato y Silvana Palermo, “las manifestaciones obreras ocuparon los espacios públicos dando visibilidad a los trabajadores, a sus organizaciones, a su capacidad de movilización y a sus demandas por derechos sociales y civiles” (2011: 58). Fueran con el objetivo de sumar apoyos a un conflicto gremial en curso, demostrar su respaldo o su oposición a determinadas iniciativas legislativas o celebrar aniversarios y fechas importantes para los trabajadores, estas movilizaciones eran una ocasión de encontrar a la naciente clase trabajadora de la ciudad en movimiento, ocupando el espacio público y haciendo sentir su presencia ante otros sectores sociales.

¿Quiénes participaban? ¿Cuán amplias eran las convocatorias? ¿Qué lugares ocupaban y qué calles recorrían? ¿Cuál era la dinámica de las manifestaciones? Creemos que un análisis de este tipo de movilizaciones permite examinar una faceta menos

estudiada de la dinámica del movimiento obrero en este período, contribuir a los estudios sobre la dinámica de movilización de la clase trabajadora en nuestro país a lo largo de la historia y al mismo tiempo profundizar en nuestro conocimiento sobre las características urbanas de la ciudad de Buenos Aires de fines del siglo XIX.

#### Las primeras manifestaciones del 1º de Mayo en Buenos Aires

Tal vez la más conocida de las manifestaciones callejeras del período fue la primera de todas: aquella celebrada el 1º de Mayo de 1890, en simultáneo con las realizadas en otros países del mundo para recordar a los mártires de Chicago y celebrar una jornada internacional de lucha de los trabajadores, tal como había sido resuelto en el Congreso de París de julio de 1889. Esa manifestación pionera ocupó un lugar destacado en la historiografía “canónica” del socialismo y el comunismo argentinos (Dickmann, 1912; Contreras, 1941; Iscaro, 1961) pero se ha prestado menos atención a las fuertes tensiones que surgieron desde un primer momento en torno a la preparación de la manifestación y a las dificultades que tuvieron los socialistas para repetir la actividad en años posteriores.

Como es sabido, la iniciativa para impulsar en Buenos Aires un movimiento de agitación en torno a la fecha partió del grupo de socialistas nucleados en el Verein Vorwärts, bajo el impulso de uno de sus principales dirigentes, el suizo José Winiger. El 30 de marzo, en una reunión preparatoria, surgió una discusión entre quienes proponían “que se invite a los obreros a no trabajar aquel día para concurrir a un *meeting* obrero” y aquellos que planteaban “que se celebre además una manifestación en columna por las calles de la ciudad”. Incluso se produjeron incidentes cuando un militante anarquista tomó la palabra y rechazó los planteos de los socialistas, planteando que debía “apelarse a la fuerza como único medio para la emancipación del proletariado”. La crónica de *La Prensa* informaba que “el Presidente se vio en la necesidad de invitar al orador a abreviar su discurso”, ante lo cual “los anarquistas le contestaron con gritos frenéticos, acabando por retirarse”.<sup>4</sup>

Después de la retirada de los militantes libertarios, la actividad preparatoria para la manifestación cobró impulso y los socialistas lograron, a través del “Comité internacional”, ponerse a la cabeza del movimiento. Cuando la iniciativa cobró fuerza, de todos modos, los adversarios políticos de los socialistas decidieron sumarse a la iniciativa. A fines de marzo, una reunión de sociedades republicanas italianas (Círculo Mazzini, Alianza Republicana, Círculo Campanella, y otros) debatió qué actitud tomar ante la manifestación proyectada, resultando finalmente victoriosa la posición que planteaba sumarse a la convocatoria. Y pocas horas antes del *meeting* también se resignaron a ser de la partida los militantes anarquistas que habían abandonado la reunión del 30 de marzo.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> “Movimiento obrero”, *La Prensa*, 1 de abril de 1890.

<sup>5</sup> “Reunión de las sociedades republicanas italianas”, *La Prensa*, 2 de abril de 1890; “Círculo socialista internacional”, *La Prensa*, 30 de abril de 1890.



Finalmente, hacia el mediodía del jueves 1º de mayo de 1890, desafiando a una lluvia intermitente, se reunieron en el Prado Español “de mil quinientas a mil ochocientas personas, figurando en mayoría el elemento alemán e italiano”; afuera, “en una de las aceras de la avenida República, estaba formado un piquete de vigilantes mientras en el local se encontraban dos o tres comisarios que se condujeron correctamente”.<sup>6</sup> El acto comenzó con un discurso de José Winiger, presidente del Comité organizador, y luego se leyó un informe que resumía las actividades desplegadas en los meses anteriores. Después de Winiger hablaron cuatro oradores designados por el comité: Bernardo Sánchez en castellano, M. Jäckel en francés, Adolf Ühle en alemán y Carlos Mauli en italiano: todos ellos dirigentes del grupo socialista. A continuación habló un orador en flamenco y dos militantes anarquistas, Alcini y O. Gilbert, que según la crónica del *Vorwärts* se habían anotado previamente de acuerdo a las instrucciones del comité. Luego se produjo el único incidente de la jornada, cuando

... el escaso grupito de anarquistas intentó generar un tumulto: los conocidos héroes [Jean] Raoux y [Orsini] Bertani saltaron al escenario. Cuando sus acalorados ánimos fueron enfriados por el comisario de policía presente y por los miembros de la comisión, siguió la votación sobre las solicitudes, que fueron aprobadas por unanimidad por la asamblea, que en ese momento contaba con 2.000 hombres, a excepción de los mencionados anarquistas, que apenas si llegaban a dos docenas, y que callaron, deprimidos, ante la imponente votación.<sup>7</sup>

El Congreso de París de 1889 había tomado la iniciativa de convocar a manifestaciones el 1º de Mayo de 1890, pero no estableció su continuidad en años sucesivos. Luego del éxito obtenido, distintos partidos socialistas fueron manifestando su voluntad de repetir la iniciativa todos los años: en agosto lo decidieron el partido escandinavo y el español; el partido obrero francés y el SPD alemán hicieron lo propio en octubre y los italianos en noviembre. En nuestro país, en cambio, el camino a recorrer por los socialistas que pretendían repetir lo realizado en 1890 iba a ser mucho más dificultoso.

Ocurre que la celebración del 1º de Mayo de 1890 había tenido lugar en el contexto del cierre de una primera etapa de conflictividad obrera en la ciudad, durante la cual los socialistas habían jugado un papel destacado. Pero desde los meses previos a la manifestación del Prado Español las huelgas habían comenzado a espaciarse, reduciéndose a reclamos defensivos y encontrando serias dificultades para obtener las reivindicaciones. Este es el cuadro en el que debe ubicarse el crecimiento de la influencia de los anarquistas de orientación “anti-organizadora” —contrarios a las huelgas económicas y a los reclamos salariales por considerarlos “inútiles” y condenados al fracaso—, que se articularon en torno a la publicación de *El Perseguido*. En la

segunda mitad de 1890, por su parte, los socialistas encontraron dificultades para dar constitución real a la Federación obrera y al periódico impulsados en las jornadas de mayo: El Obrero recién vio la luz en diciembre, es decir en el momento en que la influencia de los socialistas comenzaba a disminuir.

Así las cosas, los preparativos para la celebración del 1º de Mayo de 1891 se convirtieron en el escenario de una dura lucha política. A diferencia de lo ocurrido el año anterior, en 1891 la correlación de fuerzas era más favorable a los anarquistas. Si en 1890 éstos habían admitido sumarse a la convocatoria aún cuando estaba hegemonizada por sus adversarios, un año más tarde los socialistas no estaban dispuestos a hacer lo mismo. En una de las reuniones preparatorias, realizada el 9 de abril, los socialistas decidieron retirarse: ya sin su presencia, se estableció que la manifestación tendría lugar en la Plaza de Mayo, “por estar en ella representada por los edificios la Casa Rosada, Senado, Bolsa, Banco y demás baluartes del autoritarismo contra quien podemos protestar”. El debate sobre el programa que debía presidir la convocatoria se zanjó resolviendo que “cada sociedad o agrupación de obreros conociendo más eficazmente sus necesidades lo harían como mejor les pareciese, pues sería tarea difícil reanudar en un programa las aspiraciones en general para el mejoramiento de la vida del obrero”.<sup>8</sup>

*El Perseguido* dedicó un extenso espacio en sus columnas a la manifestación, destacando que era la primera vez que se realizaba una concentración obrera al aire libre en la ciudad de Buenos Aires. La crónica de la manifestación era extensa: según el periódico libertario, desde la una de la tarde había comenzado a llegar gente a la plaza, y entre la multitud numerosos militantes difundían manifiestos “del grupo de cigarreros, otros los de los panaderos, otros los de los sombrereros, otros los de los obreros conscientes y una infinidad de otros grupos cuyos nombres no recordamos”. Los editores informaban que *El Perseguido* había sido repartido “de a miles” y que se habían agotado los ejemplares sin poder abastecer a todos los que lo solicitaban.<sup>9</sup> Esa misma noche, el vespertino *Sud-América* cifraba la concurrencia en “unas quinientas personas que llegaron de diferentes puntos de la ciudad en grupos de 10, 20 y 30 obreros”. La tranquilidad, sin embargo, no había durado mucho. Poco antes de las dos y media, hora en que estaban previstos los discursos, hizo su intervención la policía, “de todas clases: a pie, a caballo y secreta” que “disolvía a los manifestantes desarmados y reunidos pacíficamente desde el momento que todavía no había empezado el *meeting* y los que no se disolvían prontamente era a rebencazos, a machetazos, a pisadas de los caballos y por fin llevados presos”. Según *Sud-América*, los vigilantes, “machete y rebenque en mano, atropellaban a la concurrencia propinando sendos golpes a las personas que no obedecían en el acto la orden de dispersarse”.<sup>10</sup>

<sup>6</sup> “El meeting obrero de ayer”, *La Prensa*, 2 de mayo de 1890.

<sup>7</sup> “La jornada de mayo en Argentina”, *Vorwärts*, núm. 176, 10 de mayo de 1890.

<sup>8</sup> “Reuniones”, *El Perseguido*, número 20, 19 de abril de 1891.

<sup>9</sup> “La manifestación del 1º de Mayo en Buenos Aires”, *El Perseguido*, número 22, 17 de mayo de 1891.

<sup>10</sup> *Sud-América*, 1 de mayo de 1891, tercera edición.



### En las calles para apoyar a los huelguistas, 1892-1894

Luego de las celebraciones realizadas en 1890 y 1891, el 1º de Mayo no volvió a dar lugar a grandes manifestaciones callejeras por lo menos hasta mediados de la década. De todos modos, como advierten Lobato y Palermo, los trabajadores no salían a las calles solamente cuando lo establecía un “calendario” de aniversarios y celebraciones obreras —que por otra parte estaba en plena gestación— sino que en numerosas ocasiones lo hacían “cuando lo pautaban los tiempos de los conflictos en el mundo del trabajo” (2011: 45). Si bien fueron años de recesión y retracción en la actividad de la mayor parte de las sociedades gremiales, en 1892 encontramos una importante movilización callejera, en ocasión de una gran huelga de trabajadores zapateros.

En efecto, en plena crisis económica, los zapateros habían planteado un conflicto de carácter ofensivo, reclamando un aumento salarial del 50% y una disminución de la jornada laboral. La huelga comenzó el 7 de noviembre y enfrentó desde un primer momento la represión de la policía, que buscaba evitar la tarea de difusión del conflicto en un gremio cuyos trabajadores se repartían en numerosos talleres y zapaterías esparcidos por toda la ciudad. Para los obreros y para los patrones, por otra parte, se trataba de asegurar, en un caso, y evitar, en el otro, la participación en la huelga de los trabajadores de la gran Fábrica Nacional de Calzado, ubicada en el barrio de Chacarita y principal empleadora del gremio. A pesar de la acción de la policía, el 10 de noviembre los obreros de esa gran fábrica finalmente resolvieron adherirse a la huelga.

Ese mismo día tuvo lugar una jornada de deliberación y movilización de la que probablemente no existían hasta ese momento precedentes en la ciudad. Desde primeras horas de la mañana los trabajadores se concentraron en el local de la Unión Obrera Española —ubicado en Chacabuco 661—, convocados por la comisión organizadora de la huelga, donde se pronunciaron discursos exhortando a continuar con la medida de fuerza. Luego de obtener un permiso policial, se organizó por la tarde una gran manifestación que recorrió buena parte de la ciudad, desde San Telmo hasta Chacarita, por las calles Chacabuco, Belgrano, Entre Ríos y Corrientes, pasando por el frente de la Fábrica Nacional de Calzado. Según una crónica:

*Los huelguistas recorrieron tan largo trayecto con el orden más completo. La policía confiesa no haber visto manifestación obrera mejor ordenada, máxime siendo, como lo era, muy numerosa. Al pasar por frente a la fábrica [nacional de calzado] hubieron unos gritos, vivando la huelga, y siguióse hasta la Chacarita, donde se detuvo la columna para oír la palabra de los oradores, trepados en una mesa a manera de tribuna improvisada. Los discursos pronunciados por los señores Real, Morales, en español, y otro en italiano, fueron breves y muy*

*tranquilos, sólo se trató del derecho que al aumento de salario tenían los zapateros y de la necesidad de continuar la huelga hasta que los dueños de zapatería cedan en las justas peticiones de sus obreros. Todos concluyeron con vivas al jefe de policía, al comisario Quintana, a sus subalternos y a los vigilantes.*<sup>11</sup>

Con el correr de los días y la continuidad de la huelga, los zapateros continuaron fortaleciendo su organización a través del funcionamiento de un comité de huelga permanente que coordinaba la realización de asambleas periódicas e incluso la formación de “comisiones encargadas de visitar en sus domicilios a los obreros que siguen trabajando y excitarlos a que dejen el trabajo y se adhieran a la huelga”.<sup>12</sup>

El 13 de noviembre se realizó una nueva manifestación callejera por las calles de la ciudad, dirigiéndose esta vez desde el local de la Unión Obrera Española hasta la plaza Once. De la lista de oradores que tomaron la palabra en la plaza puede advertirse que la huelga de zapateros había promovido una acción conjunta de militantes socialistas y anarquistas, que en el contexto del conflicto confluían con otros oficiales del gremio sin filiaciones políticas definidas. Socialistas como Carlos Mauli y Alberto Manresa o anarquistas como Luigi Gervasini se turnaron entre los oradores de un acto a cuyo término “tocóse el Himno Argentino, dióse unas vivas a la policía y a la huelga”.<sup>13</sup> Una semana más tarde los huelguistas convocaron a un nuevo acto callejero, esta vez en Plaza Once, que no resultó sin embargo un éxito de convocatoria. Según la crónica, debido a las malas condiciones climáticas

*... sólo unos trescientos manifestantes rodeaban el círculo formado por las 4 tribunas improvisadas en el “rond point” de la plaza Once de Septiembre. Junto con el aguacero empezó la retirada, quedando únicamente las comisiones de la Federación y de los huelguistas, los vigilantes, y un centenar de personas.*<sup>14</sup>

A pesar de que las crónicas continuaron informando durante todo el mes de noviembre de la continuidad del conflicto, comentando incluso que diversos patrones habían cedido al reclamo de aumento del 50%, hacia fines del mes las noticias sobre la huelga comienzan a espaciarse y a dar mayor lugar a la decisión de los trabajadores de establecer una suerte de cooperativa de trabajo que ofrecía servicios de zapatería como un modo de asegurar el ingreso a los huelguistas y al mismo tiempo de enfrentar a los patrones que pretendían seguir trabajando sin ellos. El día 30 de noviembre, una bucólica nota en La Prensa informaba que la huelga había “terminado por falta de recursos para continuarla, y así lo hacen saber al gremio”.<sup>15</sup>

Durante el resto del año 1892 y la totalidad de 1893 se mantuvo la situación de reflujo de las luchas obreras y prácticamente no se produjeron grandes huelgas, más allá de algunos estallidos parciales que fueron en su mayor parte derrotados. El cambio de

<sup>11</sup> “La huelga de oficiales zapateros”, La Prensa, 11 de noviembre de 1892.

<sup>12</sup> “La huelga de los zapateros”, La Prensa, 12 de noviembre de 1892.

<sup>13</sup> “La huelga de los zapateros”, La Prensa, 14 de noviembre de 1892.

<sup>14</sup> “Reunión obrera de ayer”, La Prensa, 21 de noviembre de 1892.

<sup>15</sup> “La huelga de los zapateros”, La Prensa, 30 de noviembre de 1892.



ciclo llegaría en 1894, un año que estuvo fuertemente marcado por la inestabilidad política, pero durante el cual la situación económica del país había comenzado lentamente a salir de la gravísima crisis que había caracterizado a los años previos. En ese cuadro se procesó un descenso del desempleo y una reactivación de la actividad económica que enmarcó un nuevo ascenso en la lucha de clases.

El principal conflicto del año 1894 fue protagonizado por los trabajadores de la construcción, un sector que empleaba a decenas de miles de obreros. A diferencia de lo ocurrido en las huelgas de fines de la década de 1880, que se concentraban en la demanda de aumento salarial, el eje del reclamo de la huelga de la construcción de 1894 fue la reducción de la jornada laboral, una reivindicación que se extendería muy pronto a otros oficios y cobraría una importancia decisiva en los años inmediatamente posteriores. Luego de conflictos puntuales en los meses de enero y abril, que habían concluido con concesiones de los empresarios constructores, la huelga se generalizó en el mes de agosto, cuando los propietarios buscaron aprovechar el período invernal —habitualmente más difícil para los trabajadores— para asestar una derrota a los obreros (ver Poy, 2012).

Fue en este marco, a mediados del mes de agosto, cuando la sociedad de albañiles elevó una petición al jefe de policía para celebrar una manifestación que estimaban contaría con la participación de seis mil personas y saliendo desde el Prado Español “recorrería la Avenida República hasta Juncal, de ésta por Artes hasta Belgrano, por ésta hasta Entre Ríos y luego Callao hasta el punto de partida”. A diferencia de lo sucedido en otros conflictos, y probablemente debido a la magnitud e importancia que había alcanzado la huelga, el jefe de policía no se creyó en condiciones de dar una respuesta y elevó el pedido al Poder Ejecutivo Nacional. Así es que el mismo Presidente de la Nación dispuso firmar un decreto para responder al reclamo de los huelguistas albañiles: allí se planteaba

1º Que la precedente solicitud no asigna a la manifestación proyectada razones ni propósitos de orden público. 2º Que sus términos revelan, a pesar de las protestas que contiene, gran excitación de espíritu de parte de los solicitantes. 3º Que las manifestaciones en días de trabajo, de largo trayecto, y por calles frecuentadas traban la libertad de la circulación. 4º Que la de que se trata será, por sus causas y conexiones, expuesta a desórdenes que la autoridad debe prevenir para no verse en la necesidad de reprimir. 5º Que en vez de fomentar el entredicho existente entre constructores y obreros albañiles, conviene procurar que sea decorosa y equitativamente solucionado a la mayor brevedad posible. 6º Que uno de los medios más adecuados en la situación actual de las cosas, es la interposición prudente y oficiosa del jefe de policía para acercar a los patrones y obreros y mediar imparcialmente a fin de que arreglen sus diferencias.

En consecuencia, la resolución de Sáenz Peña, que también firmaba su ministro Manuel Quintana, disponía

1º Que el jefe de policía niegue el permiso solicitado para la manifestación proyectada por los obreros albañiles. 2º Que manifiesta a los solicitantes que no pondrá dificultad para que se reúnan en el Prado Español u otro paraje cerrado que escojan al efecto. 3º Que invite a los maestros constructores y obreros albañiles a nombrar por cada parte una comisión de igual número de personas que prosigan los arreglos iniciados para la solución de sus dificultades. 4º Que les preste con ese objeto toda su colaboración moral, mediando e influyendo imparcialmente para que arriben de común acuerdo a una solución definitiva dentro de los límites de la equidad y de las conveniencias mutuas. 5º Comuníquese y publíquese, volviendo todo original a la jefatura de policía.<sup>16</sup>

#### Proyectos legislativos y movilizaciones callejeras: la lucha por las ocho horas

El gobierno no autorizó la movilización planeada por la sociedad de albañiles a mediados de 1894, pero pocos meses más tarde tendría lugar una gran manifestación callejera del conjunto de las sociedades gremiales de la ciudad. No sería, en este caso, una movilización de apoyo a una huelga ni tampoco la celebración de una fiesta obrera internacional, como en 1890 y 1891, sino de una manifestación convocada para apoyar un proyecto de resolución presentado en el Concejo Deliberante por el radical Eduardo Pittaluga, que pretendía establecer la jornada de ocho horas para todos los empleados municipales. El proyecto no iba más allá de disponer una limitación en la jornada de trabajo para los trabajadores contratados por el municipio, pero tanto sus defensores como sus adversarios advirtieron que podía sentar un precedente importante en relación a una consigna que se generalizaba en el movimiento obrero de la época. Aunque el proyecto fue rechazado en forma expeditiva en el Concejo, tuvo una repercusión muy importante en el movimiento obrero. La manifestación del 14 de octubre de 1894 fue la más importante que hubieran desarrollado los trabajadores locales hasta el momento, superando en convocatoria a la celebración del 1º de Mayo de 1890 y de 1891, y también a las actividades callejeras realizadas en ocasión de la huelga de zapateros de 1892.

La movilización fue preparada con una serie de reuniones de más de veinte sociedades de resistencia, que el 1 de octubre enviaron una nota al jefe de policía solicitando autorización para la realización de “un gran *meeting* obrero con el mayor orden y solemnidad posible, cual se merece un representante del municipio, que, sin mezquinos propósitos, se esfuerza en mejorar la deplorable situación del obrero”. La nota aclaraba cuál sería el recorrido de la manifestación y aseguraba que en la misma no se permitirían “gritos subversivos y hostiles impropios a la solemnidad del acto a realizar”, para lo cual se nombrarían

<sup>17</sup> “Noticias de policía. Reunión obrera”, La Prensa, 4 de octubre de 1894; “Manifestación obrera”, La Prensa, 5 de octubre de 1894.



“comisarios de nuestro seno, cuya designación se hará en personas serias, quienes se encargarán de conservar el orden y buena dirección que el acto requiere”. A diferencia de lo ocurrido con la solicitud denegada a los huelguistas albañiles en el marco del conflicto, algunos meses antes, esta vez el pedido fue aprobado por las autoridades, luego de lo cual la comisión organizadora dio a conocer una serie de “instrucciones” que debían seguir las diferentes sociedades obreras interesadas en participar. En primer lugar se establecía que aquellas sociedades que quisieran designar un orador debían notificarlo por escrito, advirtiéndoles que solo se permitiría un orador por sociedad y que el orden asignado sería conforme a la recepción de solicitudes. Se aclaraba, además, que la intervención debía limitarse “a los fines y propósitos que cada una de las sociedades persigue, y en especial, al objeto que motiva esta manifestación”. Luego de los oradores designados, que tendrían quince minutos cada uno, se concedería la palabra “libremente a todos los concurrentes que lo solicitaren, siempre que sean obreros, previniendo que le será retirada a todo aquel que, con gritos subversivos o palabras mal sonantes, pretendiera alterar el orden y la tranquilidad de los demás presentes”.<sup>17</sup>

La manifestación, convocada originalmente para el domingo 7, fue postergada una semana, debido al mal tiempo. La convocatoria era en la plaza Rodríguez Peña, ubicada en Paraguay y Callao. Con un día soleado, hacia el mediodía del domingo 14 comenzaron a llegar las columnas de las diferentes sociedades obreras, que se ubicaron en la plaza y las calles adyacentes. *La Vanguardia* publicó la crónica más detallada de la concentración:

A las 12 del día llegaban a la plaza Rodríguez Peña las sociedades Pintores, Herreros y Fundidores, yeseros, etc. En pocos minutos las calles de Rodríguez Peña, Paraguay y plazoleta del Carmen estaban repletas de obreros. A la 1 en punto entraba por la calle que da frente a los Tribunales, la sociedad de Albañiles, con su bandera y banda de música. La columna estaba compuesta de unos 3.000 obreros de ese gremio.

Empezaron desde ese momento a ponerse en orden todas las sociedades, ocupando la mitad de la cuadra comprendida en Paraguay entre Callao y Rodríguez Peña los Yeseros, con un cartel que decía: Abolición del trabajo a destajo—8 horas; a continuación de los Yeseros, los obreros Herreros con un cartel que decía: ¡Viva los derechos de los obreros! A continuación los Pintores, los cuales tenían un cartel con esta inscripción: Vivan las 8 horas, y en el anverso: Los pintores en general queremos la jornada legal de 8 horas. Seguían los marmoleros, y después los Mayorales y Cocheros de Tramways con un cartel que decía: Justa recompensa—8 horas.

Siendo las 2 menos cuarto, llegaban los obreros Panaderos en corporación por la calle de Callao, con su bandera social y un cartelón donde se leía: Abolición del trabajo nocturno—Solidaridad

obrero. Esta sociedad que traía una banda de música, tomó colocación en la bocacalle de Callao y Paraguay.

Los Albañiles de la sección Barracas entraron por la calle de Paraguay. Venían en corporación con banda de música y un cartel que decía: Sección Barracas—La Sociedad Obreros Albañiles—Apoya las 8 horas—Viva la emancipación obrera. Este grupo se colocó detrás de los Albañiles del Centro.

A las 2 en punto llegaba la columna del CSO, Carpinteros y anexos, Hojalateros y Gasistas, Zapateros, Constructores de Carruajes, Sastres y Obreros de La Plata. El Club Vorwärts y el Fascio dei Lavoratori estaban también muy bien representados.<sup>18</sup>

Poco después de las dos de la tarde, la marcha se puso en movimiento por la avenida Callao. La Vanguardia indicaba que cuando la cabecera llegó a la avenida Rivadavia aun quedaba gente en la plaza Rodríguez Peña, lo cual daba una dimensión de la magnitud de la convocatoria, que según el periódico socialista alcanzaba las diez mil personas y según otros periódicos unos cuatro mil. La marcha tomó luego por Rivadavia, Virrey Cevallos y Moreno, para retomar la calle Entre Ríos. La manifestación, escoltada por unos cincuenta vigilantes a caballo, se detuvo entre las calles Independencia y Chile, donde el propio Pittaluga habló a la multitud desde un balcón. El autor del proyecto reconoció que cuando presentó la iniciativa solo había “tenido en cuenta que el obrero necesita el descanso necesario para reponer las fuerzas gastadas en largas jornadas de trabajo” y que jamás había pensado que “repercutiría tanto, y que habría de despertar en vosotros tanta simpatía”.<sup>19</sup>

Luego la marcha siguió por Entre Ríos hasta Brasil, donde se hizo un acto. Hablaron diferentes trabajadores en representación de cada una de las sociedades: un rápido análisis de los oradores presentados por cada gremio permite trazar un cuadro de la influencia que habían alcanzado, en muchas sociedades, los militantes socialistas. En efecto, hablaron en el acto casi una decena de dirigentes de esa filiación política: Adrián Patroni, por los pintores, Francisco Cúneo, por los herreros, Enrique Masó, por los carpinteros, Mariano García, por los tipógrafos, Miguel Pizza, por los hojalateros, Manuel García, por los sastres, Alberto Manresa Herrero, en representación de los trabajadores de La Plata y Tolosa, Ángel Giménez, del Centro Socialista Obrero y Carlos Mauli, en nombre del Fascio dei Lavoratori. También tomaron la palabra otros dirigentes de mayor afinidad con el anarquismo, como Adrián Troitiño de los panaderos y Fernando Balmelli de los albañiles, además de otros sin un claro alineamiento político, como el pintor Bonnafont, el yesero Pujol y el albañil Costa.

Un rasgo común de las intervenciones fue destacar que la gran manifestación ponía en evidencia de manera indiscutible la existencia de una “cuestión obrera” en el país, a pesar de la insistencia de los medios de prensa comerciales por negarlo, y la decisión de los trabajadores locales a “despertar”, “dejar de ser

<sup>17</sup> “Noticias de policía. Reunión obrera”, *La Prensa*, 4 de octubre de 1894; “Manifestación obrera”, *La Prensa*, 5 de octubre de 1894.

<sup>18</sup> “Movimiento obrero”, *La Vanguardia*, núm. 28, 20 de octubre de 1894.

<sup>19</sup> *Idem*.





mansos corderos” y “romper el yugo de la esclavitud”. Para ello era necesario, coincidían todos los oradores, fortalecer la organización de los trabajadores para defender sus derechos y preparar las luchas que permitiesen obtener las reivindicaciones reclamadas. Los oradores socialistas agregaban, algunos de manera más explícita que otros, comentarios sobre la necesidad de llevar esa organización al plano de la acción política. Aunque *La Vanguardia* no hacía ninguna referencia a ello, en la crónica de *La Prensa* se señalaba que las intervenciones de algunos de los militantes socialistas no habían sido bien recibidas por los presentes: según este periódico, cuando Giménez “comenzó a hablar del socialismo” fue “interrumpido por el auditorio, que no quiso oír hablar de política socialista”. Los oradores de la sociedad de albañiles, por su parte, aprovecharon la oportunidad para recordar a los empresarios constructores que la gran convocatoria mostraba que “la última huelga no había sido obra de *cabecillas*” sino una consecuencia del hecho de los obreros ya “distaban mucho de ser los mansos corderos de ayer”.<sup>20</sup>

Casi exactamente un año más tarde tuvo lugar una nueva manifestación callejera de las diferentes sociedades de resistencia de la ciudad. El acto se realizó el domingo 20 de octubre de 1895, en protesta contra el horario que había puesto en vigencia la municipalidad para el trabajo de albañiles y otros obreros de la construcción que dependían de ella. El núcleo del conflicto era que el municipio pretendía adoptar, para los albañiles y trabajadores de la construcción que empleaba, un horario más gravoso que el que regía en la actividad privada. Al igual que en el *meeting* realizado exactamente un año antes, lo que movilizaba era una cuestión referida al horario de trabajo de los empleados públicos, pero que convocaba a la lucha a trabajadores que no se veían directamente afectados.<sup>21</sup> Tal como había ocurrido en 1894, el *meeting* representó una movilización callejera del conjunto de las sociedades gremiales activas en el período que consolidó la presencia de la clase trabajadora como una fuerza que excedía las diferentes luchas gremiales parciales.

En torno a la una del mediodía se congregaron todas las columnas obreras en la plaza Rodríguez Peña. *La Prensa* no quería arriesgar un número preciso, pero admitía que se trataba de “un conjunto de consideración”. La columna iba encabezada por un piquete policial y se estructuraba de la siguiente forma:

Albañiles, con banda de música y bandera; Albañiles de Belgrano, Lomas y Barracas con bandera; panaderos con bandera; yeseros con estandarte; herreros mecánicos y fundidores, con grandes carteles con el lema “Vivan los derechos de los obreros”; pintores, con grandes carteles, “Protesta contra la imposición”, “Queremos las ocho horas”; marmolistas, hojalateros y

carpinteros con estandarte y grandes carteles; fideleros con grandes carteles en el anverso “Protesta contra los patronos que no dan ni una hora para comer” y en el reverso “La unión de los obreros hará temblar a los parásitos”, “Vivan las 8 horas”. Seguían por último los sastres, vidrieros y herradores.<sup>22</sup>

La columna, que estaba formada sobre la calle Paraguay, avanzó luego por Callao-Entre Ríos hasta avenida de Mayo. A pesar de la lluvia, siguió por Avenida de Mayo hasta la Intendencia, y a continuación por Bolívar y Rivadavia hasta 25 de Mayo, donde se realizó el acto, disponiendo el palco “en uno de los balcones de la casa amueblada ‘La Internacional’, que mira a la plaza Victoria”. Según la crónica de *La Vanguardia*, al palco subieron “los delegados, reporters, algunos corresponsales, el comisario de pesquisas Belisario Otamendi, el comisario Carlos Costa y uno que otro curioso que logró colarse”.<sup>23</sup>

La lista de oradores del acto ofreció un cuadro de las principales fuerzas activas en las sociedades de resistencia en este período de transición que estaba marcado por un nuevo ascenso obrero.

El primer discurso fue de un delegado de la comisión organizadora, que planteó que pese a que la Municipalidad había querido “humillar” a los obreros con el cambio de horario, éstos estaban demostrando con su manifestación que no podrían hacer lo que quisieran sin que se levantase la voz de “los oprimidos que gimen bajo el yugo de la clase explotadora”. Luego habló un representante de los albañiles y más tarde hicieron uso de la palabra algunos de los principales dirigentes de las sociedades obreras, que respondían a diferentes orientaciones políticas. Por un lado intervinieron representantes de filiación anarquista, como el delegado de la sociedad de panaderos, Jaime Barba de los marmoleros o un representante de la sociedad “Los Oprimidos” de Lomas de Zamora; pero también otros que tenían una orientación política menos definida, pero en cualquier caso eran adversarios de los socialistas, como De Cicco, de la sociedad de sastres, y un representante de la sociedad de yeseros. Por otra parte, todo un conjunto de oradores socialistas, como Alberto Manresa Herrero, en representación de los trabajadores de La Plata, Ramón Potau, de la sociedad de herreros y mecánicos, Mariano García, de los tipógrafos y Adrián Patroni, de los pintores.<sup>24</sup>

El acto y los discursos estuvieron marcados por los incidentes y la tensión entre anarquistas y socialistas, en un contexto marcado por una fuerte lucha política entre ambas fuerzas, que disputaban su influencia en las sociedades gremiales, y en el cual eran poco comunes las actividades en las cuales coincidían los militantes y activistas de ambas corrientes. A diferencia de lo que

<sup>20</sup> “Manifestación obrera. Los discursos. La jornada de ocho horas”, *La Prensa*, 15 de octubre de 1894; “Movimiento obrero”, *La Vanguardia*, núm. 28, 20 de octubre de 1894.

<sup>21</sup> De hecho, los trabajadores municipales, según el diario *La Prensa*, “no se han quejado oficialmente del horario ni han pedido a la Intendencia, ni a la Oficina de Obras Públicas, ni a nadie su reforma”. (“El meeting de obreros. Irregularidades”, *La Prensa*, 19 de octubre de 1895).

<sup>22</sup> “El meeting socialista. La formación de la columna. Banderas, músicas y estandartes. Los discursos”, *La Prensa*, 21 de octubre de 1895. La crónica de *La Vanguardia* incluye también a los talabarteros y a los constructores de carruajes.

<sup>23</sup> “Movimiento gremial. El meeting del domingo”, *La Vanguardia*, año II, núm. 43, 26 de octubre de 1895.

<sup>24</sup> “El meeting socialista. La formación de la columna. Banderas, músicas y estandartes. Los discursos”, *La Prensa*, 21 de octubre de 1895; “Movimiento gremial. El meeting del domingo”, *La Vanguardia*, año II, núm. 43, 26 de octubre de 1895.



sucedía en general en los actos realizados en el marco de un conflicto huelguístico, e incluso de lo que había ocurrido en el *meeting* de octubre de 1894 en apoyo al proyecto de Pittaluga, en esta ocasión la mayor parte de los oradores no centró sus intervenciones en la reivindicación de reducción de jornada sino en desenvolver algunos posicionamientos políticos básicos que marcaban una diferenciación clara entre las distintas orientaciones políticas. Así es que las intervenciones de unos y otros eran recibidas con aplausos o abucheos por los diferentes grupos de asistentes al acto, que se convirtió en una virtual asamblea del activismo obrero de las sociedades gremiales actuantes en el período. Aunque, como vimos, la lista de oradores incluía una mayor cantidad de dirigentes vinculados al socialismo, de la lectura de las fuentes se desprende que el clima de opinión mayoritario en la movilización era de orientación anarquista. Casi todos los oradores socialistas, en efecto, fueron silbados y abucheados al momento de su intervención, en particular cada vez que hacían algún tipo de referencia a la necesidad de que los trabajadores se organizaran para participar en la “acción política”. La animadversión de los anarquistas se concentró en Mariano García, que directamente no pudo hacer uso de la palabra, y en Adrián Patroni, quien llegó a iniciar su discurso y acusar a los anarquistas de “enemigos de los trabajadores”, luego de lo cual, según la propia crónica de *La Vanguardia*, “se entabló una riña entre socialistas y anarquistas”. Si bien *La Vanguardia* atribuía el hecho a “varios provocadores” que se habían infiltrado entre los manifestantes y “no cesaban de dar gritos destemplados, mueras a “la burguesía”, a los socialistas”, reconocía que los miembros de la comisión organizadora “casi todos ácratas”, cuando denunciaban que no había sido tenida en consideración su protesta contra los oradores que atacaban a los militantes socialistas.<sup>25</sup>

### Conclusión

El cuadro que hemos trazado sobre las diferentes manifestaciones callejeras realizadas por los trabajadores de Buenos Aires en este período temprano permite elaborar algunas conclusiones. Lo primero que salta a la vista es la capacidad que ya mostraba la clase obrera local, en la última década del siglo XIX, para llevar adelante importantes actividades públicas, que contaban con una concurrencia masiva y permitían poner las demandas de los trabajadores en primer plano de la atención del conjunto de la sociedad. En efecto, si la Buenos Aires del período era sin dudas una ciudad donde las luchas políticas se desenvolvían también en las calles, a través de movilizaciones en las cuales las diferentes facciones buscaban dotar de legitimidad a sus planteos y posiciones, observamos que también el movimiento obrero local intentó hacer lo propio desde fechas muy tempranas.

En cuanto a la fisonomía de las manifestaciones callejeras, se advierte que no existía aún un “recorrido” clásico para las movilizaciones obreras: en general eran convocadas desde o hacia algún determinado local donde se realizaría un acto, pero

como hemos visto no faltaban las ocasiones en que se buscaba confluir hacia el centro del poder político. Algunas recorrían distancias extensas, aprovechando para realizar distintas paradas en las cuales se hacía uso de la palabra, mientras que otras realizaban trayectos más breves y tenían una duración más limitada. A diferencia de lo que ocurría habitualmente en el marco de asambleas o piquetes de huelga, y salvo algunos pequeños incidentes con grupos aislados, casi todas ellas fueron movilizaciones pacíficas, en las cuales las mismas sociedades gremiales buscaban asegurar el orden y evitar choques con la policía, con la excepción del acto anarquista del 1º de Mayo de 1891, que fue reprimido fuertemente. Lo ocurrido con la manifestación proyectada por los albañiles en agosto de 1894, prohibida por el propio presidente de la Nación, también contribuye de todos modos a cuestionar la idea de que en este período tan temprano el Estado se limitara a una política de *laissez-faire* respecto a las actividades obreras: en realidad, desde muy temprano el aparato estatal respondió activamente a la agitación obrera, fundamentalmente con medidas represivas y alineándose sin fisuras con los empresarios afectados por las demandas de los trabajadores.

Como hemos visto en este artículo, estas primeras movilizaciones tuvieron diferentes motivaciones: la primera de ellas, y una de las más conocidas dada la atención que le dio la historiografía, fue la que se organizó para celebrar el 1º de Mayo de 1890 en el Prado Español. La importancia de este *meeting* es indiscutible, no solo por la importante concurrencia sino fundamentalmente porque expresó la temprana adhesión de todo un sector del movimiento obrero local a la organización de una actividad internacionalista de los trabajadores de todo el mundo. No debe perderse de vista, de todas formas, que esta manifestación no se realizaba únicamente como consecuencia de lo resuelto en el Congreso de París sino que expresaba también el creciente proceso de organización que había tenido lugar en las filas de los trabajadores locales en los años previos, marcados por una fuerte conflictividad huelguística. El cambio de ciclo que experimentó la agitación obrera a partir de 1890-1891, cuando se hicieron sentir con todo rigor las consecuencias de la crisis, se expresó en el crecimiento de la influencia relativa de los anarquistas anti-organizadores y en la incapacidad de los socialistas para repetir la experiencia de 1890 en el acto del 1º de Mayo del año siguiente.

No todas las movilizaciones callejeras del período fueron, como las primeras, convocadas con el objetivo abiertamente político de celebrar una fiesta internacional de la clase obrera. En efecto, tanto en 1892, durante la huelga de los zapateros, como en 1894, en el marco de la huelga de la construcción, encontramos la intención de las diferentes sociedades gremiales de convocar a los trabajadores a las calles para demostrar su apoyo a las demandas presentadas contra la patronal en el marco de agudos conflictos huelguísticos. A pesar de su carácter menos “político”, estas movilizaciones también constituyeron un hito en el proceso

<sup>25</sup> “Movimiento gremial. El meeting del domingo”, *La Vanguardia*, Año II, núm. 43, 26 de octubre de 1895.



de delimitación de una conciencia de clase entre los trabajadores de la ciudad, toda vez que representaban una ocasión para la confluencia de diferentes sociedades de resistencia de diferentes oficios en una actividad que reforzaba la unidad entre los trabajadores y los mostraba actuando en conjunto frente a la resistencia de los empresarios.

Las manifestaciones convocadas por las sociedades de resistencia, de todos modos, también contribuyen a matizar una imagen de este primer período de la historia del movimiento obrero local, que debido al predominio de cierta historiografía militante clásica se consideró dominado por la influencia de la primera generación de militantes socialistas: como hemos visto, la realidad era bastante más compleja, y las características de las movilizaciones de la época permiten advertir que la composición de las mismas mostraba que ya jugaban un papel importante las sociedades gremiales no alineadas con ninguna fuerza política.

Además de las manifestaciones realizadas para celebrar el 1º de Mayo y aquellas convocadas con el objetivo de apoyar un reclamo huelguístico, en este artículo hemos dado cuenta de un tercer tipo de convocatorias: las realizadas en octubre de 1894 y 1895 con el objetivo de apoyar o rechazar disposiciones gubernamentales y legislativas que apuntaban a modificar las condiciones de trabajo de los empleados municipales. El análisis de este tipo de manifestaciones permite sacar conclusiones sobre diferentes aspectos: en primer término, muestra que incluso en este período, donde era fuerte la influencia del anarquismo individualista, la práctica totalidad de las sociedades de resistencia de la ciudad se movilaron en torno a la aprobación de una disposición legislativa, sin que ello significara por otra parte su alineamiento con las posiciones socialistas. En segundo lugar, las manifestaciones ponían de relieve que el conjunto de las sociedades gremiales advertía la trascendencia del reclamo por la reducción de la jornada, aun cuando las medidas legislativas que estaban en debate solo afectaban a un sector muy reducido de la fuerza de trabajo, aquella empleada directamente por el municipio.

Observadas de conjunto, estas tempranas movilizaciones callejeras del movimiento obrero de Buenos Aires constituían una de las principales acciones conjuntas de una clase trabajadora que avanzaba más allá de los límites de las demandas de sus oficios respectivos y desenvolvía una acción conjunta, consolidando su unidad y sus vínculos como clase. Todavía no había llegado la época de las grandes manifestaciones obreras de la primera década del siglo XX, enfrentadas con una feroz represión policial; el movimiento obrero local ya daba sin embargo sus primeros pasos en las calles.

## Bibliografía

- ADELMAN, Jeremy (ed.) (1992). *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*. Londres: Macmillan Press.
- ANDREASSI CIERI, A. (1997). *La rebelión de los metecos. Conflictividad laboral y social en Buenos Aires, 1895-1910*. Barcelona: CIMS.
- CALLAHAN, K. J. (2010). *Demonstration Culture. European Socialism And The Second International, 1889-1914*, Leicester: Troubador Publishing.
- CONTRERAS, M. (1941). *El 1º de Mayo en la Argentina. Notas sobre sus orígenes, significado y proyecciones*. Buenos Aires: Editorial Problemas.
- FALCÓN, R. (1984). *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. Buenos Aires: CEAL.
- GILIMÓN, E. (1971). *Un anarquista en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: CEAL.
- GONZÁLEZ LEANDRI, R., SURIANO, J. y GONZÁLEZ BERNALDO, P. (2010). *La temprana cuestión social. La ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX*. Madrid: CSIC.
- ISCARO, R. (1961). *Breve historia del 1º de Mayo*. Buenos Aires: Anteo.
- KORZENIEWICZ, R. (1989). "Labor Unrest in Argentina, 1887-1907", *Latin American Research Review*, vol. 24, núm. 3.
- LOBATO, M. (comp.) (2011). *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*. Buenos Aires: Biblos.
- LOBATO, M. y PALERMO, S. (2011). "Del trabajo a las calles: dignidad, respeto y derechos para los y las trabajadoras". En: Mirta Z. Lobato (comp.), *Buenos Aires. Manifestaciones...*, op.cit.
- MAROTTA, S. (1960). *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo, 1857-1907*. Buenos Aires: Editorial Lacio.
- MUNCK, R. (1987). "Cycles of Class Struggle and the Making of the Working Class in Argentina, 1890-1920". En: *Journal of Latin American Studies* (19: 1).
- ODDONE, J. (1949). *Gremialismo proletario argentino*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- POY, L. (2012). "Las primeras huelgas de la construcción y los inicios de la lucha por la reducción de la jornada laboral en Buenos Aires (1893-1895)". En: *Mundos do Trabalho* (4: 7)
- POY, L. (2014). *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*. Buenos Aires: Imago Mundi.



SABATO, H. y ROMERO, L. A. (1992). Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado (1850-1880). Buenos Aires: Sudamericana.

SURIANO, J. (2003). "La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo". En: *Entrepasados* (24-25).

TARTAKOWSKY, D. (1997). *Les manifestations de rue en France: 1918-1968*. París: Publications de la Sorbonne.

TARTAKOWSKY, D. (2010). *Manifester à Paris: 1880-2010*. Seyssel: Champ Vallon.